

DIRECTOR
Em. MONTOYA-GAVIRIA

Serie I

Arriba el chambrón, pendientes la
lidad, pendientes la
te del desinterés y
rena que habrá de
aquí estamos.

No está en nuestro
do relumbrón ni
el girón de juventud
lante; no del todo
remate; un tanto
pero dentro de un
ble, quieren os tra
gama atrayente y
matices.

Y de preferencia
que no se le des

Para Ricardo Uribe

Serían las cinco y
do resolví que salir.

Tanto menudear
congestionado y ex
seguridad personal.
sanción de nuestro
hibe ciertas expresio
para los castos oídos
do es cierto que las
amigo Sancho Panza
otro—son la discreci
mas, y para los que
gocio, para un Agera
constituir delitos dig
ción y esculque, sob
—Vámonos, amigo
el brazo. En los cam

al aventurero
Blasco Ibáñez
descubrimiento y
me V. M. se lo agradezcan.
era de que comparación es
yo, dicho sea señor Don Quijote,
a la zaga de mi amo, de tanto an-
contagiado me he de decir
dicen ahora, y me reponen
mercantilizadas como el señor Don Quijote,
ñez. altruismo, como
Tanto más que an las gentes ten-
por lisonjearme, y capto de Blasco Ibá-
americanos no tera es
dotiere, a ese mer abro debe de decirlo
Vicente Blasco Ibáñez
Baroja os tienen a in-
que digan cuanto a in-
pañol de la Península. Y lo cierto es
confesar que la Mue-
do en la divina tie-
nos ensangrentaron o quedo menos de
tan grande—si se gu-
Quijote—como el Do-
Bolívar y Palacu-
Y luego que y-
bilísima raza y a-
dos introdujera de
de triste y dulce, de
pampas, la majes-
vuestro cielo inco-
núan, llueven, ins-
que hace acurruc-
por tanta grand-
tras almas el ma-
poetas líricos, co-
nocido del espa-
exterior, gárru-
que... .. en
rrera Reissig-
líricos como ja-
y si se exceptúa
mentos más de
trofas como le-
encia cincela,
ona de Ruben
neisco de
ndidos de

de la no-
pobló estos mun-
yo no sé qué
edad de vuestras
vuestros Andes y
vosotros insi-
gobiadora
espíritu aplastado
mando en vues-
vo, que os hace
original desco-
ar por naturaleza
sico, o bien co-
Silva y Re-
plo—son poetas
insula se oyeron;
ngora en sus mo-
ignás hubo es-
Guillermo Va-
y en el arpa po-
los cantos de
y místicos, y los
icos y humanos;
virgenes sin man-
lidos de las ba-
né de Baco y las
olpes de pecho de
cónimos; las da-
rias, y los melosos
antes versallescas;
os turpiales y ca-
Vuestras selvas to-
lengua castellana
que la hubiera di-

cho vuestros vates de Hispanoamérica con su «boca indígena semiespañola». Chanto más que eso de decir pestes de los españoles que a la conquista y descubrimiento de estas Américas vinieron, no es cosa nueva en España. Pues como era natural que sucediese, aquí se vino la parte sana, andaz, valiente; la flor de la raza, y allá quedáronse los lisiados, los pusilánimes y para pbo. Y quedáronse junto al puchero chirle y la sartén vacía, verdes de envidia por los que juzgaban ellos, que nadando estaban en los oros y en las platas de los Potosíes y Dorados. Y si eso es así, y si vosotros descendéis de la flor y de la crema de la raza y vienen ellos de la zupia, ¿qué mucho que los Barojas os denuesten? ¿No es esto muy humano y muy latino, y muy español sobre todo?....

II

Pasaban al lado nuestro en estos momentos coches, autos, bicicletas, peatones. Gentes alegres, broyando risas y bullicio, con la perspectiva de esa noche de sábado henchida de promesas de placer, seguida de un domingo somnolente, quieto, de ocio blando; y allá.... remotos, en hilera negra, los espectros de los días de la semana atareados, guayabosos.

—¿Ha visto en su vida V. M. algo más bello?—dijome Sancho, parándose a contemplar a una joven, que acompañada de una dama de edad, que bien podría ser su madre, venía Playa arriba. Observe V. M. su modo de andar: adelántase cada remo como una garra de felino que caza o que acaricia, y al llegar el pie donoso cerca al suelo diríase que estalla en explosión enérgica; los músculos que al avanzar eran plunón, eran seda, eran blandicie, al estribar en el suelo son los resortes acerados de las patas de una cebrá núbil que trota sobre la rambia resonante. Son sus pisadas sucesión; tropel sonoro, rítmico. Y observe bien V. M., cómo los músculos de la pantorrilla de escultura turbadora, alternativamente se relajan y se hinchan bajo la tendida y rica media hasta la rodilla perfecta.... porque hasta la rodilla sube la somera tela; y por arriba hasta la mitad del seno albo descende el cabezón de la túnica ligera, dejando visibles hombros y brazos blanquísimos, redondos; complaciente por arriba y por abajo complaciente. ¡Vestidura milagrosa! Diríase que el criterio que guía actualmente la factura del traje femenino, es el mismo que según el poeta Valencia, debe guiar al creador de belleza: obtenerla por substracción y no por adición. ¡Oh momento único en la historia de la suntuaria femenina! Te quedaste muy atrás oh nuda Grecia; talvez así te apareciste, ante el Areópago suspenso, oh tú Phriné divina....

ri

cele y sor

nada y grita

—Aparte y

Y yo interv

—Señora: si

Mister (señalan

entiende.... no...

¡El Mister! ¿

mía? Como por en

dama vieja, y fulg

la niña. Y es que en

to del Mister. Y lue

tivas matrimoniales

de las damas? Lo c

tímida audacia adel

descansar sobre el cajón de

Sancho le ofrecía.

Miraba Sancho, alternati

pie que sobre el cajoncito reposa

mano gemelo que estribaba au

arena de la Avenida y tocando corte

deñas ataduras que cerraban los pequeñ

paticos, dijo gentil:

—Y cómo os envidio, oh jaulas primor

sas, que aprisionáis los alados prodigios

esos pies albos, diminutos. Bien sé yo que a

mi atrevida mano osara desatar estos lazos

que os cierran de vuestro interior saldrían

aleteando las cándidas palomas que tenéis

aprimionadas. Las cuales lanzándose al espa

cio a par de esas otras firmes, nevadas y fra

gantes que en el seno de vuestra dueña an

dan venturosas, la llevaríais por el aire en

vuelo victorioso; tal la blanda Venus pase

el éter transparente del Olimpo en su carro

tirada por palomas muy menos bellas q

vosotras. Dijo y, cortes, besó el comb

peine del celeste piececito.

—¡Viejito cuarto! exclamó la niña, ri

como un chorro de agua límpida. Y re

rápida, el pie besado. Alzose Sancho y

dando profundamente, hasta rozar con

del chambergo la arena del sendero,

guió, taciturno, su camino.

Preciso es—me decía yo siguiendo

ga—que el buen Sancho esté casi tan

cho como el Reverendo Yanqui Mister

cuando, errante por Hispanoameri

do quizás de la Ley Seca escribía—

cosa llaman escribir esca robastru

tas sobre nuestras hospitalarias d

nes expuestos a la sazón a los paseantes que a centenares, y elegantemente ataviados, hormigueaban a todo lo largo.

—Cómo gozan, y se regalan, y se deleitan sus paisanos, señor mío, en esta fiesta, llamada —a lo que he visto en los Diarios— llamada Concurso de Vitrinas, si no me equivoco. Esta, ésta es—continuó diciendo—la verdadera Fiesta de la Raza para los Medellínenses, como la Semana Santa lo es para los Payaneses, la reunión de las Cámaras para los Bogotanos y unas elecciones para los de Bahos y el Santuario.... Digo esto, naturalmente, con todas las reservas y con todo el temor de no acertar, de un extranjero que como yo aun no conoce suficientemente esta Tierra, y además, dígoelo porque toda esa multitud da señales claras de estar gozando más que un Yanqui en un match de boxeo o que un vecino de Sevilla en una corrida. Observe, si no V. M.: ¿Les cabe un peso más de júbilo, de unción, de beatitud, de éxtasis a aquellos mocitos filipichines que contemplando están por aquella vitrina esas ristra de corbatas, de calcetines, de zapatos? ¿Pueden darse rostros que irradien más satisfacción, más contento de que los bellísimos de aquellas damas que allí admiran joyas, o de las que más allá contemplan ricos tejidos? O puede haber nada más inteligente, más sagaz, más calculador, más malicioso, que la fisonomía de esotros que a todas luces demuestran ser comerciantes de pueblo que por aquel escaparate excrutan aquel surtido de telas de algodón, de ferretería, de cacharros y que discuten, rearguyen y calculan, y desmenuzan las probabilidades todas de un negocio de todo eso llevado a plazo o al contado a sus pueblos respectivos? ¡Esos! Esos representan mucho más genuinamente que estotros a la Raza. Porque eso ante todo sois los antioqueños; mercaderes. En días pasados pude admirar en una población de por ahí... en fin el nombre importa poco, hasta dónde sois mercaderes los antioqueños y como os importa mantener íntegros los fueros de tales:

Llegó a la dicha población un pillete de Medellín y luego de observar bien el patio, fuese entrando a una casa de familia y con desembarazo pidió permiso para entrar al solar a ver—dijo—si un gallo fino que al Barbero de la esquina se le extraviara estaba allí. Cuando estuvo dentro y se vio solo, cogió con gran maestría y silencio un pavo cebado de los varios que allí vagaban y por sobre una tapia lo tiró a un solar desierto que avacindaba al en que se hallaba. Salíó luego por la casa por donde entrara, diciendo que nada había hallado; pasó al vecino solar, cogió su

por un mismo rancho y yo. ¿Era según aseguran el último Juicio de los que os habíamos quedado sin sospecharlo si era de Junín? ¡Horror! ¿Era más bien que un trueno vocalizado, un rebuzno mentada bestia del Apolo que esté bien probado que todo caso aquello era a... espantablemente decía:

...Carrera de A. J. Cano acaba de llegar el libro de Anatole France titulado «Opiniones» de Jerónimo Coignard sobre psicología de Jiménez de Quesada y de D. Vicente Cero, seguida de un mapa para buscar el tesoro del Zipa de Bacatá y de una oración cabalística para alcanzar de Dios la presidencia de la República. Quedan unos pocos ejemplares.

—A poco me deja muerto del susto ese imbécil! Qué inventos tan estúpidos se les ocurren a los paisanos de V. M. señor mío, dijo Sancho, mientras que el voceador que así nos despertara cruzaba a nuestro frente con su bocina colgada de un hombro sin dignarse mirarnos. En eso si son muy superiores a vosotros los Atenienses, continuó Sancho, quiero decir, los Bogotanos. Allá en Atenas, diré en Bogotá, a un meteco, quiero decir a un Antioqueño a quien se le ocurrió implantar allá esta manera de avisar, lo pusieron en la cárcel. Y a fe que lo merecía! Tener el atrevimiento de ir a turbar con esta algarabía de salvajes el ambiente cerebral, discreto, culto, reposado, docto de Atenas! Porque ha de saber V. M. que si en la frugalidad los Bogotanos no se parecen a los Atenienses, en la gracia, en el verbo, en la inteligencia, en el Arte, en el guspo, en la Filosofía, en la pasión por la eloquencia, en el amor a la libertad, en eso sí..... un poco se parecen.

—¿Sí diciendo metiese Sancho resueltamente a suzaga, por la carrera de Junín, ha-Sur.

—¿Cual reverberaba en ese instante con la alumbreado público y con la que salía por los escaparates de los almace-

pavo bajo el brazo y fuese entrando con él a una de las más principales casas del marco de la plaza. Tocó. Salió la señora, ofreció el pavo en venta, se le hizo postura y entraron en trato. Ambos eran antioqueños, la señora y el pillete; así que se enfrascaron con deleite en regateos, en tretas, en hipérboles. Pidió él siete pesos, ofreció ella uno cincuenta—y ya parecía que subiendo ella y él bajando iban a ajustarse en el precio, cuando se abrió el trasportón con estrépito y apareció venida de fuera una criada furiosa.

—Sin vergüenza, ladrón dijo al pillo. Ese era el gallo que buscabas? Ah! maldito, flacu-chento. Mirá. Me dan ganas de arrancarte el alma con seis varas de cogote, so... y arrebátandole el pavo salió con él dándole un portazo tremendo. Sereno digno, aguantó el pillo las injurias de la criada, y cuando hubo salido la tal, volvióse a la señora y, correcto, díjole inclinándose con toda cortesía:

—Señora: en el trato que teníamos, quedamos abiertos. Se lo aviso a Ud. para que des-pues no vaya a decir que yo me mamé. Eso no me convendría, y hasta podría perjudicarme.....

Pero vamos andando, añadió Sancho, que nos hemos retardado charla que charla y mi señor Don Quijote puede necesitar-me.

Habíamos llegado a la esquina de los Moras y tomamos hacia el Oeste por la calle de Colombia.

Agosto 25 de 1921

(Continuará en el próximo número)

Versos inéditos

De Bernardo Gómez E.

*¿Cómo pusiste, escudero,
tu pensamiento libiano
donde florece el lejano
amor de tu caballero?*

*Aunque quisiera mi mano
castigar tu desajuego,
no mancillo en tí, villano,
la limpieza de mi acero.*

*Pero recuerda villano
que la mano
que ha tenido a deshonor*

*Derramar sangre menguada
sabe manejar mejor
el látigo que la espada.*

Cedidos amablemente por la familia
Gómez E. para CYRANO

Carlos E. Gómez

“El Puente de los Suspiros”

A EMERO MEJÍA

Sobre el río Bogotá, y en el camino que de Tocaima conduce al Sanatorio de Agua de Dios, hay un puente que los vecinos de esos lugares conocen con el nombre de «Puente de los Suspiros». Es un nombre sugestivo y triste, que dice bien de las historias que de él se cuentan.

Allí, sobre su envejecido maderamen, se han despedido para el País del Dolor los seres que la sociedad arroja de su seno cuando si hubieran cometido grave delito. Su

CUENTO

CORNELIA

PARA TERESITA JARAMILLO MEDINA
QUE CONOCE TODO ESTO

—Amigos míos— dijo el médico de la parroquia prosiguiendo una conversación interrumpida, y recostando su taburete en la puerta de la botica:— la ciencia no sabe nada de lo que debería saber, esto es, del «por qué» de los fenómenos.

Se afirmó el alfiler de la corbata, hizo girar rápidamente el bastón en la mano, y dando la última chupada a su cigarrillo continuó, mirando distraídamente a la plaza desierta:— Quieren ustedes saber por qué se verifica una operación tan sencilla como la de doblar un brazo, por ejemplo? Pues nada más difícil que saber ese «por qué». Se lo preguntan ustedes a un médico y él se encoge de hombros diciendo: ¡pues vaya usted a averiguarlo.....! Lo quieren estudiar ustedes en uno de nuestros doctos libros, y encuentran esto, más o menos: sucede cuando uno dobla el brazo, que, por el ejercicio de la voluntad, se pone en movimiento algo con el cerebro, y este «algo» —no nos detendremos ahora a preguntar en qué consiste ni lo que es— pasa desde el cerebro a la médula espinal, sale de la médula espinal y se dirige, siguiendo ciertos nervios, abriéndose paso entre los intrincados manojos de delicados hilos nerviosos que corren de la parte superior de la médula espinal al brazo, hasta llegar al músculo bíceps. Este músculo enseguida que el «algo» llega por sus nervios, se contrae, se encoge, se engruesa, se levanta en el brazo; su tendón inferior tira del radio; el radio con el cúbito se mueve sobre el punto de apoyo del húmero con la articulación del codo, y..... se dobla el brazo.

—Vaya una prolifidad que no explica el «por qué» sino el «cómo»! Y todo eso para doblar un brazo? Psé..... hombre, ni que fuera un brazo de mar! —dice uno de los oyentes, levantándose de su asiento y abotonándose la capa de paño amarillo, cuyo embozo le cubre la barba de pera y le toca por detrás la cachucha.— Con este frío, y nos ponemos nosotros a doblar un brazo en teoría, en vez de darnos una caminata hasta la piedra de la centella!

—Bien, vamos si gustan, señores, dice otro de los contertulios, sujeto marigudo y magro que hace de maestro de escuela y ha

...s, que
...ción, es
...hierro
...hospita-
...de día
...tienen el
...ue allí se
...ristes le-
...como signo
...dejan en el alma
...ad. «Adiós patria,
...d el recuerdo de los
...y mueren para la

...te contra la dureza de
...teza, pródiga y gene-
...tado de flores los cos-
...peños jardines sin culti-
...y C...o cariñoso de la Tierra
...ormado así para alegrar el espíri-
...rio de los que en su última peregrina-
...s contemplan.

...en las mañanas, cuando el rocío baña las
...flores, diríase que sus corolas son el alma blan-
...ca y suave de las niñas inocentes, víctimas de
...la cruel enfermedad, que en ellas han dejado
...sus lágrimas de dolor como postrer hábito de
...que sus hojas, al moverlas la brisa, re-
...sapiros de seres que lloran una eterna

...Con razón, pues, se ha dado el sugestivo y
...triste nombre de «Puente de los Suspiros» a
...ese lindero entre la Vida y la Muerte, si cada
...nota de la Naturaleza es una evocación de
...pesar.

CARLOS E. GÓMEZ

Agosto de 1921

MOTIVOS

Esta tarde.....

Especial para CYRANO

*Esta tarde cargada de silencio aromoso
es diáfana y sencilla cual la tresca plegaria
de la madre. Es el silencio tan misericordioso,
que pone en el alma un ansia de vida solitaria.*

*Este arroyo que canta a mis pies, tiene quejas
de una doncella núbil, enamorada y loca
que estando prisionera se asonara a las rejas,
y ruidos, como besos, salieran de su boca.*

*Adónde irá esta tarde a declinar su calma?
Adónde, el claro arroyo con su eterna querrela?
Adónde, esta ternura que se enredó en el alma,
tan callada y tan suave, tan hondamente bella!*

EDUARDO VASCO

#1
Agosto 9 1921

sido premiado en verso en los juegos florales de la población.

—No sin antes haber tomado de aquel café que nos traen, eh? —dice el personero municipal.— Miren ustedes qué humeante y delicioso. Es preparado por las Zeas. ¡Cuando yo les digo que es delicioso!

—Aceptado, don Carlos. A mí me gusta mucho el café, porqueno sé; me inspira, me.....me mueve la cuerda poética. «Como el café de la felice Arabia»

—Permítame, señor maestro, interrumpo el personaje de la capa, que antes de oír su recitación vuelva el brazo del doctor a su postura natural; no está bien que le dejemos con el brazo doblado, verdad? Oiga usted doctor, qué pasa cuando uno desea dejar de tener doblado un brazo?

—¡Ah,.....sí! pasa que la voluntad cesa de obrar. Aquel «algo» de que les hablaba, que hizo nacer la voluntad, se extingue en el cerebro, se extingue en la medula espinal, se extingue en los nervios aún en los más finos vástagos; el músculo, que ya no está excitado por aquel «algo», vamos, cesa de contraerse, deja de hincharse, no tira del radio, y el antebrazo cae por su propio peso.

—Ah, ya. Pero ese «algo», doctor, quisiera yo saber.....usted comprende que nosotros los poetas pedagogos somos investigadores «Querer sentirlo, verlo y adivinarlo todo; llevar la tren.....»

—Ese «algo», señor maestro, mientras vamos caminando trataré de explicárselo; es lo que buscamos en vano con el escámpelo; es esa fuerza misteriosa y radiante que nos hace concebir el amor, sentir la dicha, hervir de patriotismo o morir de tristeza. Es aquello que nos da la vida, que palpamos casi pero no podemos definir, aquello que deberían educar los institutores.....pero, calle! ¿ve usted esa criatura que viene allí? Pues ella es el «algo» de este poblacho, ella es la fuerza resplandeciente y vivaz que le comunica alegría.

—¡Chist!

—Buenas tardes, Cornelia—dicen en coro las voces de los paseantes.

Perfumando los vientos pasa cerca de ellos una muchacha menuda y linda, de ojos admirativos y alegre boca, flor jubilosa de aquella población callada y iría que se desparrama sobre las desigualdades cansadas de un viejo monte andino que, por raro contraste, siempre tiene la cabeza, una cabeza deforme y contrahecha, tocada de cándidas neblinas.

Cuando la luz amanece sobre los grises horizontes, más y mejor que los pajaritos ella canta, mientras riega en el patio las plantas que la rodean con sus flores, como una bandada de mariposas absortas, que hubiesen aque-

tado las alas ante la maravillosa contemplación.

El médico, el mercader, el escribano y el farmacéuta, requiérenla de amores cuando pasa graciosa y fina, exquisita y armoniosa, frágil como un merengue, deliciosa y leve como un perfume. A todos contesta con una sonrisa entre benévola y picaresea; hace un melindre al galeno, una travesura al mercader, un mohín al boticario, y, viva e inimitable, casi fúgitiva, éntrase en su casa, dejándoles con los ojos y el alma supendidos de sus herméticas ventanas.

Sus hermanas la reciben con esa alegría límpida que de los corazones sencillos corre a los labios; ríen sus risas; agujan su contento; endulzan su inagotable dulzura y regocijan sus caprichos. Fueron ellas quienes introdujeron en la casa al escribano, un muchacho romántico, provisto de algunos indecisos ribetes de escepticismo alquilados a France, y de unas cuantas filtraciones de *lorrainismo* que no le dejan en el cerebro cosa con cosa. Y le introdujeron, porque en el pueblo era un secreto a voces que el tál se moría por la Cornelia, y que a ésta no le disgustaba mucho ni poco. Mas como una noche penetraran de repente en la sala, se miraron asombradas al percibir que la niña tenía muy encendidas las mejillas, muy placentera la boca, y que en sus ojos temblaba algo insólito y fogoso; el escribano la miraba de cerca, y parecía que por sus pupilas quisiesen las águilas pasionales asomar sus picos insignes.

A la mañana siguiente, bella mañana azul decorada por la cabeza del cerro que capitanea la crestería de las montañas, la Cornelia estuvo platicando largamente con el señor cura. Y de regreso a su casa marchaba muy despacio, sin levantar del suelo los ojos, aquellos ojos suyos que de repente habían adquirido una profundidad pensativa, como si un inusitado remanso en ellos se hubiese derramado. Mala espina se clavó en el ánimo de los que la miraron. ¿Qué sería aquello? ¿La Cornelia así?

Sonaba el escribano sobre el taburete que a todas horas descansa el espaldar en la puerta de la botica. (Cuerno de oro era aquel que en mitad de la noche ponía sobre la negra testa del monte una fantástica corona de luz, cuando sobre un corcel blanco galopaba, al lado de su hermano, una amazona ligera. Bajo el oscuro abrigo, sus manos ateridas hacían menudos pedazos la última carta de amor. Los albos trozos, juguetes de la brisa formaron sobre el camino la figura de esas sartas nacarinas que las devotas repasan durante las horas de la liturgia.

—De mi amor el viento de la vida hizo un rosario; es el blanco rosario que me espera en el convento!—suspiró la Cornelia enjugando una lágrima).

Los pasos del señor de la capa amarilla que llegaba a su tertulia habitual, despertaron sobresaltado al escribano.

—Dormías, chico?

—Sí, dormía, y soñaba que la Cornelia se había hecho monja.

—Quizá monja de San Agustín?

—Cómo?

—De dos cabezas en un cojín.

—No se burle Ud., le aseguro que he tenido una sensación muy incómoda.

Ya lo creo. El lecho es el padre del sueño. Si te acuestas en un lecho incómodo....pero de dónde has sacado tú que pueda haber un convento con guitarra y con pianola, apropiado para la Cornelia?

ROMUALDO GALLEGO

Especial para CYRANO

Al vivo

Para Adán Jaramillo

Escrito para CYRANO

Ahí está, descansando. Es su asiento ese banquillo de un sólo tablón que recorta sobre el negro coruscante del muro su silueta, como un tajo horizontal.

Carmela, su mujer hace seis meses, linchando las mejillas cobrizas, da vida al fuego que hace contorsiones luminosas, como si fuese consciente de que alienta con el oxígeno mismo de los pulmones de esa mujer robusta. Y el hombre mira atento cómo cambian los colores que, al arder, la leña arroja sobre un rincón de enfrente: primero es un manchón de sangre pura, indeciso un segundo, al tornarse de oro, que mientras la mujer aspira es barrido por un gran pincel de sombra.

Y ahora, cuando la mujer sopla otra vez, una llama nueva hace piruetas locas y da de sí una como claridad de sol que, al subir e irse fundiendo con la sombra que requiere sus dominios, se va haciendo morena y más morena.

Pero, este hombre ¿por qué no mira a su mujer?.....¿Por qué se va tras esos tonos cambiantes, tornadizos y deja de lado el detalle magno, imperante?

¿Por qué?

¡Ah! ahora sí; la tiene en el trozo de la

acuarela viva, que fulge en sus retinas. La última llama surge larga, esbelta, cimbreante como una cabellera o como una sierpe en fuga y da de lleno sobre el cuerpo firme de la hembra. Y allí, en un saliente combo que parece una rodilla, hay un rellejo vivo y rojo como una rosa; y otra rosa y otra, sobre los senos redondos, apretados; y violetas parecen las entrantes; y miel clara la frente y las mejillas y las manos; y el mentón una amapola sin abrir y diez conchitas morenas los dedos desnudos de sus pies pequeños y carnosos.

El hombre recuerda.....¿Sí recuerda algo que viera, semejante. ¿Qué? No sabe.....¿Talvez? No. Eso no. ¿Aquella.....? Tampoco... Ah! sí, ya sabe: ¡es la española pintada en la caja de pasas malagueñas que a su hermana regalara!

Pero en tanto dura la cerebración reconstructora, la mujer descansa y la penumbra imprecisa pasó sobre el cuadro viviente su esfumino gris.

—¡Carmela, sopla más!.....¡Sopla más!

Y ella, obediente, inflama de nuevo los carrillos, mientras bajo el poniente de los párpados huyen los ojos temerosos de las pavesas importunas que saltan juguetonas como las mil alitas con que volara el fuego. La llama vuelve y tras ella la española policroma a quien las chispas retonzonas salpican de lentejuelas ricamente.

Entonces allá en el cerebro simple del hombre brilló como un sol, vivificante, la noción de que esa mujer tan bella era asimismo tan suya. ¡Tan bella y tan suya! ¿Pero es que estos dosepítetos que la dio su amor no eran el mismo, uno sólo? ¿No era bella por ser suya, más que todo?

La última llama que nace la inunda de primores: donde había un pingajo, pone un fleco de oro y donde hubo un desgarrón nació una flor exótica. Pero en la cara, en la cara sobretodo; la boca húmeda miente un clavel nuevo y los ojos rutilan luces raras como dos diamantes.

Entonces el hombre, no pudiendo reprimirse, la inquiera, la atrae hacia sí y aprieta contra su cuerpo duro aquella joya viva.

Y, al sentir contra su vientre el de ella que se ha ido relievando hace unos días, lanza un grito y la besa, la besa, locamente.

Un soplo de brisa del jardín aviva los carbones que dan un tono rojo de amanecer sobre esa escultura en carne de La Esperanza.

EM. MONTOYA GAVIRIA

Agosto 30 1921.



Escribe

Espectal para CYRANO

*Escribe una carta desde tu convento:
si amor es primero que la devoción
por qué no me mandas con el pensamiento
la rosa escarlata de tu corazón?*

*De noche te espero, y en la sombra escucho
una voz amada que por mí suspira:
escribe diciendo que me quieres mucho
que yo me ilusiono con una mentira.*

*La paz del convento te llevó al olvido;
con ese maestro ya habrás aprendido
voces de sirena para tu canción.*

*Escribe: no hay tinta para las misivas?
Si quieres, te mando para que me escribas
la sangre más roja de mi corazón!*

1926.

FILIBERTO CARVAJAL

Dilución

*Mirando tu retrato de gitana
al pie de un árbol de la serranía,
ahoraba el adiós que en tu ventana
me diste llena de melancolía.*

*Bajo el vivido azul de la mañana
me pareció que a veces sonreía
entre la orquestación de la fontana
qué junto a mí, sonatas diluía.*

*Después, he vuelto a verlo: ya sus ojos
tras la randa triunfal de las pestañas
tienen un no sé qué... que me da enojos.*

*Al hallarlo ya casi desteñido
me digo: en estas plácidas montañas
tengo un nuevo recuerdo envejecido!*

GILBERTO AGUDELO

POR LOS QUE EMPIEZAN

Medellín, 31 de Agosto de 1921.

Sr. Director de CYRANO.—La Ciudad.

Estimado Sr:

El poeta Gilberto Agudelo me ha remitido de Manizales el soneto llamado «Dilución», con el fin de que aparezca en alguno de los órganos literarios de esta ciudad.

Teniendo en cuenta las ideas que en nuestra conversación de ayer expresé Ud. en el sentido de que la revista, prescindiendo en cuanto sea posible de la reproducción de literatura extranjera, tenderá a ser un refugio para la producción literaria nacional, y atendiendo al mérito de dicho soneto, me apresuro a enviárselo, confiando en que Ud. se servirá darle un puesto en las columnas de CYRANO.

Gilberto Agudelo es, Sr. Director, un obrero que trabaja desde la mañana hasta la tarde. Así, en tanto que sus manos ganan pan en el trabajo mecánico, su espíritu labora en

los campos del pensamiento bello.

No hace mucho me tocó presentar al público lector de Manizales los primeros versos de Gilberto. Lleno de esperanza dije entonces que él iría lejos. Algunos intelectuales hubieron de observarme en contrario, pero yo tenía mis razones y esperé. Hoy, el poeta ha realizado en parte mis esperanzas, y a la vez, en cada uno de sus cantos se advierte que en su espíritu algo hay necesitado de tiempo para alcanzar su pleno desarrollo. El poeta va en marcha.

A pesar de los pesimistas, en nuestro conglomerado social hay un venero de capacidades artísticas oculto. Tender a descubrirlo por cuantos medios sea posible, es hacer la bor patrótica. Bien encaminada va la revista. Hay que buscar dentro.

Del Sr. Director atento y S. S.

FRANCISCO BOTERO

AL MARGEN

Especial para CYRANO

Cuando por mi espíritu hubo pasado esa humanidad contorsionada que evocó Barbusse en «El Infierno», cerré los ojos a la visión material para hundirlos en la huella sangrienta que el libro, de una realidad tan desconsoladora, me dejara. Resonaban aún en mi conciencia las furias del instinto y todos mis ídolos amables trepidaban como si tuviesen pies húmedos, de arcilla. El amor, la virtud y el sacrificio parecían consumirse entre los brazos encendidos de ese Moloch erguido que fascina a los hombres; la ilusión—hija de la fantasía y del Ensueño—fue tan solo humo de aquella hoguera; la austeridad y la sabiduría se agitaban al viento como un harapo trágico, y el rugido salía desesperado de aquella loca entraña. De todas esas agonías no quedaba más que la mirada turbia de los ojos insultantes, de unos ojos maldecidos que parecían copiar, estereotipándola, la absoluta esterilidad de la vida. Vibrantes los nervios como un manójo de serpientes acosadas, el más leve deseo hacía reventar las vesículas envenenadas, y por el organismo de las generaciones se iban el Dolor y la Fatalidad, como las manchas de aceite sobre el mar..... Y sin embargo una filosofía serena y esperanzada fluye de ese rudo «paisaje mineral»; gota de miel destilada en ese caos para endulzar el estragado paladar humano; cordial divino que satura el corazón y lo eleva de la noche espesa del estrago hacia el día, en la relación suprema.

El alma macerada adquiere en la contemplación de esas cosas una mayor capacidad de sacrificio, y así como Benvenuto manejaba

con igual destreza el puñal y el buril, ella construye solo las ruinas el nuevo templo de sus devociones; talla en vivos capiteles su plegaria y levanta hacia otros horizontes su fe: tal parece que las razas decadentes elaboran en subterráneos desconocidos el porqué ideal que ha de sugestionar a los que llegan; por eso, a manera de un símbolo, muy cerca del Eclesiastés—en el orden de las Escrituras—está el Cantar de los Cantares.....

El mismo Barbusse ha ejemplarizado ese fenómeno; la misma mano que escribió «El Infierno» lanzó al mundo un mensaje fraternal; Claridad lo llamó, las sombras, fugitivas, se abren en fulgores de amanecer y los duros flecos que parecían calcinados se estreman en maravillosas germinaciones y pienso:

Nunca se apagará en el trabajado corazón humano la lámpara aladínica del anhelo; jamás nos parecerá la humanidad irremediablemente mala, porque para mejorarla y mejorar nos, tejerá en nosotros siempre la intangible ilusión con hilos de oro su manto alucinador; y, embrujados seguiremos creyendo en su bondad; por eso al volver a abrir los ojos a la realidad desconsoladora, escuché complacido, el eco sutil y profundo de penitencias y por un momento creí que, todo aquello, había sido un sueño.....

«El Infierno»; «El Fuego»; «Claridad»; Universal contraste.

HORACIO FRANCO

Caricatura de Horacio Franco por Isaiza



Bienvenido

A. J. B. Callejas.

Pasaron los días en que Cojuelo, interrogado sobre el significado de esas esculturas, o mejor, inculturadas, que hay sobre el frontis de San José, pudo decir su memorable disyuntiva: o que el arte de los toros venía del cielo, o que el ganado estaba muy alto. Hoy, sin asomo de duda, hay que optar por lo primero. El ganado está bajo, caído, por los suelos. Ya la carne—al menos la de res—dejó de ser uno de los tres enemigos. Está perfectamente domesticada, amiguísima de todo el mundo. Los ganaderos no saben qué hacer con su ganado y los carniceros no alcanzan a matarlo todo. Por otra parte, el *packing-house* no está todavía de pelea. Se necesita, pues, un «matador» y Chiquito de Begoña ha tenido la oportunidad de presentarse. Bienvenido sea.

No sé en qué concepto tiene la sociedad selecta de Medellín la diversión de los toros. Por lo que es mi parte, me encanta. Bien veo que tiene algo de bárbara y algo de cruel—mucho menos que el boxeo, por supuesto—pero me encanta. Tal vez sea la única manifestación de barbarismo y crueldad de este corazón mío que llora como un chiquito por el dolor más leve de la más vil criatura.

Toros!

Esa sola palabreja me encrespa y me agiganta. Y conste que no sé nada del tecnicismo de una corrida. Como si fuera Griego! No

sé ni qué es una verónica, ni un pase de muleta, ni una suerte de rodillas, ni un par de a cuarta. Pero me encanto.

Me encanto, sí, cuando bajo el dorado sol de las tres, la banda rompe con una de esas piezas agresivas, todo sonoridad, todo entusiasmo, que hacen hervir la sangre. Me encanto cuando la Presidencia, siendo femenina, recorre arosamente el tablado para ir a ocupar el puesto. Me encanto cuando ese jinete—cuyo nombre ignoro—bravamente montado, va a recibir las llaves y da una vuelta al circo; cuando la cuadrilla, con su traje de luces, en marcial romería se presenta al público; cuando, con afectación que sólo saben los toreros, tiran esos gorros que la gradería recibe triunfalmente, y cuando aparecen las capas de sedosos reflejos. Me encanto cuando, abierta la puerta, se lanza al redondel un toro de arrogante plantaje, cuyas astas agudas, heridas por el sol, rubrican sobre el gris de la arena entre una salva de aplausos, que la multitud ebría de gozo, loca de entusiasmo, entre gritos y silbidos, le arroja como un reto de muerte.

Me encanto, en fin, cuando el torero, con valor, con arrojo, con rabia, fabrica arte y belleza frente a frente de Nuestra Señora la Muerte.

Toros!

Esa sola palabra me encrespa y me agiganta.

A. V. STRUSS

LA SEMANA QUE PASA

Toros y Toreros

La tarde magnífica. Un sol que quema en toda la plaza, y un lleno completo en ambos tendidos. A la hora señalada la presidencia—berdita sea tu gracia manola—Marta Fábregas, luciendo la clásica mantilla española, ordena el paseo.

Y vaya el primer reparo: Un malchalán, en traje corto, hace de alguacil. Esperamos que la Empresa ya habrá dispuesto la aparición de éste en la plaza, con su respectivo traje.—Desfila la cuadrilla. El de «Begoña»—aceituna y oro—es recibido con una estruendosa ovación. Cambian la seda por el percal, y aparece el *primero*, berrendo en colarado, de muchas libras y hermosa lámina. Lo saluda

el «Chico», toreando por verónicas, muy ceñido, parando los pies, Bravo! Este «gachó» es un guapo y se arrina. González adorna al bieho con un gran par en las agujas, como lo mandan los textos Toma los trastos el levantino y después varios pases de pitón a rabo, uno natural y dos por lo bajo, iguala a la fiera, y se tira a matar de muy cerca, recto como una bala y hundiendo el estoque en todo el sitio, hasta los gavilanes. Y vaya otro reparo «Chiquito». No está bien con un paisano, haga de puntillero; que uno de sus banderilleros, sea el puntillero. No exponga al aficionado a unos limonazos, mal dirigidos. *Segundo*.—negro; de buenos pitones y mu-

chas libras, y de gran figura. Toreó de recortes el «profesor» y «Volantín» le cuelga un magistral par que le mereció felicitación del maestro. Se arma éste, y brinda al tendido de Febo, y tras una lucida faena en que recorre la gama toda de los pases maestros desde el de pecho parando los pies y los de molinete, hasta los naturales y por lo bajo, iguala al bicho y le asesta una estocada en todo lo alto, que basta, con la puntilla para hacer molder polvo al adversario. Tercero.— «Javonero» y de pocas libras, y buenos pitones. Llega flojo a la suerte suprema, después de haber recibido varios pares que no merecen especial mención. En la faena con este toro pudimos admirar las grandes dotes del «Chico». El cornúpeto tenía malas ideas, y mereció el castigo, de los pases por lo bajo, sin la ayuda de la «gente». Se perfila Rufino y entrando muy recto como el sólo lo sabe hacer deja en todo el sitio una estocada hasta la

empuñadura, la cual con un descabello dió cuenta del «sabiondo».

Pudimos cerciorarnos que el de «Begoña», es un «as» por las lujosas faenas del domingo, en que lució habilidades magistrales raras veces admiradas por nosotros abonados a todas las temporadas. Ya tendremos ocasión de aplaudirlo con mayor entusiasmo, en las clásicas tardes que nos promete.

En resumen, «debut» kolosal

Presidencia, demasiado complaciente.

Peones, regulares, apenas si trabajaron.

Con las banderillas bien, a excepción de Calderón que entiende de estos achaques, lo que este servidor de radiotelegrafía. Servicio de plaza requetemalo. Ojo señores empresarios

Matador de verdad a la altura de sus contemporáneos del abono de Madrid.

DON TANCREDO



Primeros Actores de la Compañía dramática Gobelay-Fábregas que salió esta semana para Bogotá después de una corta temporada en esta ciudad.